

Palacio de Congresos y Exposiciones de Granada “El lagarto y el mantón de Manila”

He escrito tanto sobre el Palacio de Granada, he discutido tantas veces, tantas charlas, discursos incluso (uno hace muchas tonterías; o tiene que hacerlas, nunca se sabe), que estas líneas me cogen un poco desarbolado, exangüe de precisiones... Y temo que voy a repetirme, enésimamente. Por ello, ante ese riesgo, solamente unas pocas ideas. Cuando se ganó el concurso, hace tanto tiempo que casi no me acuerdo desde aquí - y a propósito, la evocación de José María García de Paredes y el saludo a Javier Carvajal que tan arriesgadamente apoyaron la idea - solía decirle a María Jesús Muñoz, en aquel agobiante verano, que había que pensar en el Palacio de Carlos V, Pedro Machuca, etc. Hablamos mucho de ello. Luego volví a repetir esa misma idea en uno de los innumerables actos de presentación oficial del proyecto. Mucha gente se quedó entonces estupefacta. Sospecho que ahora puede ocurrir lo mismo. Este era uno de los vectores básicos, incluso desde lo que suponía el horadado prisma de Machuca, como voluntad profanadora, herética, diversa, como un inmenso acorazado de piedra acometiendo el fino tejido nazari. Quizá este impulso no se perciba ahora con claridad. No se quién decía, supongo que Joyce, que caminamos a través de nosotros mismos, encontrándonos y reencontrándonos constantemente. Por ejemplo, Ravel quiere emular a Mozart en el segundo tiempo de su concierto para piano y orquesta; y le sale Ravel. Casi siempre ocurre algo similar. Probable y modestamente quizá nos ha ocurrido lo mismo.

Otro segmento estaría determinado por una voluntad expresionista, con todo el sosiego que puedan imponer las duras instancias de la realidad; pero expresionismo al fin. Una especie de gran montaña, mágica o desencantada, como se quiera (Tafuri dixit), punteando con energía el itinerario ciudadano.

Biográficamente debo hacer referencia a un viejo proyecto de la propuesta que hicimos hace casi treinta años para un programa similar en Madrid, con el gran auditorio jalonando la cubierta. (Las cubiertas suelen ser frecuentemente - especialmente si son observables, como ocurre en este caso - uno de los puntos débiles, delicados, en la resolución de estos edificios emblemáticos; éste además intentaba entonces, e intenta ahora, resolver ese difícil problema.)

Otro punto, enunciado muy brevemente, se centraría en la vocación anti-contextual. De Miguel Angel se ha dicho (Zevi) que nunca trazó un plano regulador, que operaba por núcleos polares, irradiantes. De nuevo, con la prudencia y el respeto que merecen estos inmensos, inalcanzables, nombres, el afán intentaba ser común: generar un organismo diverso, “autre”, distanciado espacialmente de su entorno, descontextualizado y capaz de generar su propio entorno, su propia atmósfera. Ahora es muy frecuente que se nos recomiende pastoralmente ser “prudentes”, “sensatos”, “modestos” y todas las cantinelas conocidas. Este planteamiento - quizá más que la resolución final - fue deliberadamente imprudente, provocativo, detonante, polémico. Incluso lo fue en situaciones más epidérmicas, como la del mármol verde, que trascendió a los periódicos, y en la que, muy a mi pesar, tuve que terciar un poco violentamente. Todavía estoy esperando la respuesta de nuestro anónimo (evidentemente) opositor.

Por muy diversos motivos no se han podido conseguir todos los objetivos apuntados. Hay que ceder en demasiados terrenos, especialmente si se intenta conducir las cosas hacia un estadio de realización, inevitablemente signado por un proceso de una complejidad, en cualquiera de los órdenes que se considere, extraordinaria. El fantasma encarnado por el drama de Jorn Utzon en esas alturas soberanas de Sidney ha estado demasiado presente quizá. Mi propia salud se ha resentido bastante.

Finalmente, entre unos y otros, se ha llegado increíblemente a puerto, que dicen. Detrás queda ese intrincado panorama del que hablaba Kevin Roche, como de unos cinco o seis años de gestación (algo más en nuestro caso), en donde todo podría haber ocurrido y que,

verdaderamente, exige, según Kevin, de los arquitectos una sangre fría no demasiado frecuente. Y estoy pensando de nuevo, y por ejemplo, en Jorn Utzon.

¿Qué nos queda entre las manos? ¿Qué ha permanecido detrás? Quizá lo más importante sea el gesto, el ademán espacialmente enérgico, una cierta dimensión piranesiana del espacio interno, la verde montaña, sagrada o desencantada, repito, corroída, lacerada, por la multiplicidad de espacios heterogéneos, laberínticos, agitados por el factor sorpresa, un mundo diverso, esquizofrénico quizá, etimológicamente hablando, encapsulado dentro de la polémica envolvente verdosa... Y quizá también, el panorama de intenciones no concretadas, lo que no pudo ser.

Hay un consejo Zen, citado por McLuhan, que suelen dar los maestros japoneses a sus discípulos en situaciones de grave tensión, sugiriéndoles que actúen “como si estuvieran muertos”. Así, se nos dice, la crispación desaparece totalmente. Al lado de las asociaciones, obviamente siniestras, de la admonición, llega un momento en que, extrañamente, uno capta la relativa oportunidad de esa singular, extraña para una mente occidental, orientación. Algo de eso ha ocurrido aquí. (Y si uno se detiene a considerar el eco que esta obra ha sustentado - es un decir - en los llamados medios de comunicación, excepto los de Granada, verdaderamente parece que la cosa se ha tomado al pie de la letra.) Entre las pocas, poquíssimas personas, que me han hablado del Palacio está José Luis Íñiguez de Onzoño. José Luis, tras un viaje a Granada, me decía “que se hiciera lo que se hiciera en Granada, no había forma de no encontrarse con la presencia “abrumadora” del Palacio. No es poco, ciertamente. Ha sido de lo más interesante, alentador, que he escuchado. El resto, al parecer, es silencio. La verdad, no sabe uno bien qué hacer.

Sigo pensando en el extraño silencio generado en torno a esta obra. Frente a la generosa intuición de Íñiguez de Onzoño, hay como una curiosa sensación de “mirar hacia otro lado”, ante algo que, de alguna manera, inquieta. Quizá se estén tomando un tiempo para racionalizar sus deliberados desacuerdos. Esa actitud sobreviene a veces entre nosotros. Viene ahora a mi memoria un significativo, surrealista, suceso generado por la lejana visita de Alvar Aalto a Madrid. Carlos de Miguel - anfitrión obligado, habitualmente certero, de estos eventos - contaba muchas cosas de este momento. Por ejemplo, y por citar solamente dos, su distanciamiento de El Escorial o la atención prestada, incomprensible para muchas de las figuras de entonces, hacia la arquitectura de Luis Gutiérrez Soto. La apoteosis, según Carlos, vino después. Gutiérrez Soto, perspicaz, terminó por invitar al maestro y a nuestras figuras a una cena en su casa. Allí, lógicamente, se habló de todo lo divino y de lo humano. De alguna manera se tenía la sensación de vivir una “rencontre historique”, que dicen los franceses, propicia, obviamente, a multitud de comentarios (no estoy divagando.) A la salida, sin embargo, uno de los asistentes, grandísimo arquitecto, se acercó a Carlos de Miguel. Al parecer quería preguntarle algo. Carlos pensaba en Aalto, en todo lo acaecido en el decurso de la cena, no sé, cosas de esas... Nuestra figura, sin embargo, se limitó a preguntarle: “Carlos, por favor: ¿de qué color era el mantón de Manila que estaba sobre el piano de cola?” La situación, evidentemente, es risible, dadaísta; pero puede generalizarse en momentos de mayor gravedad y menor ingenio. Hay demasiados mantones de Manila entre nosotros, interpuestos entre las cosas y nuestra capacidad de análisis.

Antes hablaba de Íñiguez de Onzoño como uno de los pocos que ha conseguido trascender el mantón. Bueno. Ahora recuerdo a otro. Precisamente un taxista. Cuando le abordamos en el aeropuerto indicándole que nos condujera al Palacio, se limitó a preguntar, con cerrado acento granadino: “¿Van a ver el gran lagarto?” Considero esa observación al desgaire, tan andaluza, como un elogio, también dadaísta. En qué estaría pensando ese hombre...